

Semblanzas Literarias de la Colonia, de Eduardo Solar Correa, la aportación más trascendental que este género tan poco cultivado entre nosotros ha tenido en la historia de las letras chilenas.

T. P. M. H.

<https://doi.org/10.29393/At395-34CCTM10034>

Carnet Crítico, de RICARDO A. LATCHAM,
Editorial Alfa, 1962

Nuestro actual Embajador ante el Uruguay, el crítico y ensayista Ricardo A. Latcham, fuera de desempeñar las delicadas funciones encomendadas a los diplomáticos, se ha dado tiempo para divulgar nuestra literatura en el país ante el cual está acreditado a través de conferencias, cursos en la cátedra América, que le fuera conferida por la Universidad de Montevideo, y publicaciones varias, como este libro publicado en dicha ciudad en el año en curso. Contiene 40 artículos aparecidos primitivamente en diarios de América como "La Nación", de Santiago de Chile; "El Nacional", de Caracas y "Marcha", de Montevideo, los que versan en su mayoría sobre escritores mexicanos, venezolanos, uruguayos y chilenos.

Carnet Crítico tiene la ventaja de dar a conocer a escritores americanos en Chile y a chilenos en América a través de la palabra autorizada de uno de nuestros críticos más representativos, quien manifiesta en el Prólogo de su reciente obra que "pretende mantener la adecuada objetividad y una mínima relación entre el escritor y el medio social en que éste actúa". Sin ánimo de buscar querrela acerca de la objetividad del crítico en general, virtud que me parece muy ilusoria, aunque es aconsejable, sin duda, es necesario expresar que en los artículos dedicados a escritores nacionales, el juicio crítico de Ricardo A. Latcham aparece sensato y equilibrado.

Cuentos de la Generación del 50, *Para subir al cielo* y *El príncipe y las ovejas*, de Enrique Lafourcade; *Coronación* y *El charleston*, de José Donoso; *Ángeles bajo la lluvia*, de Armando Cassigoli; *La fosa*, de Helvio Soto, *Cuentos de Cámara*, de Cristián Huneeus y *Ruidos en el espejo*, de Fernando Rivas; *Seres de un día*, de Luis A. Heiremans; *Los túneles morados*, de Daniel Belmar; *Eloy*, de Carlos Droguett; *Los penitenciales*, de Humberto Díaz Casanueva y *El corazón escrito*, de Rosamel del Valle; *Efraín Barquero, poeta popular de Chile* y finalmente *Esquema de la nueva poesía chilena*—que precedió a una Antología publicada por la Revista Amistad de Buenos Aires el año pasado—, testimonian la preocupación de Latcham por el desarrollo de la literatura contemporánea de Chile, en especial por algunos integrantes de la Generación del 50, que renovaron saludablemente, como lo ha manifestado Enrique Lafourcade, la temática y las formas, observando una técnica y cumpliendo una estética. Fuera de percibir lo valioso que aportan las nuevas promociones literarias, el autor del *Carnet Crítico* siente viva simpatía por ellas, elogiando sus obras no sin entusiasmo.

Muchos y muy contradictorios comentarios despertó la última novela de Enrique Lafourcade, *El Príncipe y las Ovejas*, de tal modo que es conveniente conocer la opinión de Ricardo A. Latcham al respecto: "El estilo de la novela es fresco, moderno, desembarazado y conduce, con paso ligero, por un escenario rico en peripecias insinuadas en el esquema alegórico del demonio y la pérdida de su salvación", para agregar poco después que "a veces recuerda a Peyrefitte, al de *El exilio de Capri*, no menos prolijo y gran conocedor de la podredumbre dorada del Mediterráneo, sus viejas islas y

playas, sus cocotas y pederastas, sus rincones de placer y refinamiento". Interesante juicio, definidor, medular en su acierto.

En efecto, Enrique Lafourcade, que siempre ha sido un escritor de talento, sin duda el mejor dotado de los últimos tiempos, el poseedor de recursos literarios más logrados, el que tiene a su favor una cualidad inapreciable, el ritmo de atención mantenido y creciente en el lector, que no decae nunca, en suma un escritor de gran relieve, en *El Príncipe y las ovejas* pone de manifiesto su singular poder evocativo, el colorido excepcional de su prosa, de una riqueza plástica consumada, que lo distingue entre sus colegas tanto por la génesis temática de sus obras como por sus particularidades estilísticas.

En otro artículo, Ricardo A. Latcham analiza los *Cuentos de Cámara*, de Cristian Huneeus: "El detalle fino, el atisbo certero, la pincelada aguda, el toque incisivo se perciben pronto en dos historias que bastarían para consagrarlo: "Primera vigilia" y "Clarinete", para añadir a renglón seguido que "se siente la sinceridad y también la autenticidad de un mundo juvenil que determina las vivencias de Huneeus". Realmente pocas veces un escritor a tan temprana edad como Cristián Huneeus domina la técnica cuentística con tanta solidez y seguridad, no pudiendo ser el resultado más halagüeño. En esto todos los críticos estuvieron de acuerdo.

Pero todo no ha de ser coincidencia con Latcham. Discrepo en forma abierta de lo que él escribe acerca de *Los túneles morados*, de Daniel Belmar. Escribe que "no todo es negativo y pesimista en este libro. Ni en su pensamiento ni en sus sentimientos se filtra algo semejante, a pesar del realismo objetivo que domina la ficción", para continuar más adelante que "siente algo profundamente chileno en esta novela metida en la entraña social y destinada a explorar un mundo sometido a las más arbitrarias reacciones". Demasiado generoso con una novela que abrumba y asquea en no pocos aspectos. Si a las calidades del estilo de esa novela nocturna, porque Belmar ha progresado muchísimo, hubiera presentado un escenario como el de *Coirón*, las letras chilenas contarían con una obra de acabada madurez, tomando de esta última su humanidad vigorosa, que contrasta violentamente con el escepticismo marcado de un grupo de individuos protagonistas de *Los túneles morados*, que, descontentos del medio en que vivían, no querían enmendar rumbos y aproximarse a la luz.

Ajeno al subjetivismo crítico de Alone, más cercano al examen acucioso de Raúl Silva Castro, aunque con mucha más soltura, nervio y liviandad, Ricardo A. Latcham, cuya palabra contiene una carga importante de sabiduría bibliográfica es, hoy por hoy, el crítico chileno más bien informado acerca de la literatura hispanoamericana y conociéndola en profundidad efectúa paralelos, nota semejanzas, advierte diferencias, reconoce influencias, todo esto sin intenciones pedantescas, como si fuera la cosa más natural del mundo. Documentado y certero —hasta donde lo permite la contingencia humana— el autor del *Carnet Crítico* ha prestado un buen servicio de difusión a los escritores y obras considerados en su reciente libro, que resume en sus páginas diez años de labor en la prensa de diferentes países, porque sus juicios, amparados por la autoridad de quien los emite, se expandirán convenientemente en el ámbito literario de América y formarán un criterio al respecto, dados los antecedentes proporcionados con segura dignidad: treinta y cinco años de fructífera labor le han labrado a Ricardo A. Latcham una reputación de primera categoría entre la élite estudiosa de este continente.

T. P. M. H.